

La calle

Daniel Medina Flores

Necesitábamos jugo y más alcohol. Salimos del departamento y cruzamos la calle. Escucho disparos, no me gusta este barrio. Beatriz me dijo que conocía una tienda cerca, pero ya llevamos un rato caminando bajo la noche y no encontramos nada.

¡Beatriz!, le grito mientras trato de alcanzarla. Debe estar enojada porque me reí cuando se cayó a media calle. No es para tanto, sí me reí, luego fui a ayudarla, yo no le dije que se emborrachara. Ya Beatriz, perdón. Espérame. La intento alcanzar, pero cada que acelero el paso ella también lo hace. Mejor la dejo en paz.

No sé qué tipo de tienda sea. Más vale que esté abierta porque ya llevamos mucho caminando. Además, estos barrios no los conozco. Tampoco es que quiera andar en modo turista porque, a juzgar por las fachadas todas despintadas, las cuarteaduras en las paredes y los vidrios estrellados, no estamos en un lugar muy seguro. Aquí nos van a robar todo lo que traemos.

La calle está desierta. Cuando miro el cielo ni siquiera puedo ver la luna; esas nubes están muy densas. A lo lejos escucho ladridos; son varios perros. No me gustan los perros, siempre les he tenido miedo y, a juzgar por el ruido que estos producen, deben ser bravos. Ojalá que el expendio esté antes de encontrarnos con ellos.

¡Beatriz!, le grito cuando se detiene y luego comienza a bajar por la misma calle, ahora empinada, ¿dónde está la pinche tienda?

En la bajada la calle está peor. Hay casas tan dañadas que, si les dan un golpe, por leve que sea, se vendrán abajo. En algunas partes hay escombros arrumbados; en otros, las casas están abandonadas y han de ser puro cascarón, por dentro todas destruidas. Yo creo que por aquí no es por donde debíamos venir. En este lugar parece que el tiempo se detuvo, está solo y callado.

¿Va para allá? La voz de un hombre me saca de los pensamientos. Me asusta al inicio porque pensé que estábamos solos. Juega con una moneda que arroja y luego atrapa con su mano derecha.

Sí, le respondo por mero reflejo. Intento verle la cara, no alcanzo a notar ningún rasgo. Oiga, ¿no le da miedo andar por aquí a esta hora y con esa ropa? Lo pueden asaltar.

No me dice nada y continúa jugando con la moneda. Dejo que se una a mí. Al menos tendré otra compañía. ¿Usted a dónde va? Le pregunto. Allá, me señala hacia un espacio que abarca la calle empinada pero no encuentro nada llamativo.

Pues vámonos juntos. Mi amiga y yo vamos por jugo y alcohol, estábamos en una fiesta. No calculamos bien y ya casi se nos terminaba todo; es muy temprano para irnos a casa. Ella me dijo que por aquí podíamos comprar, aunque llevamos un rato caminando y nada. ¿Usted ha visto alguna tienda?

No, me responde con voz seca. Los ladridos aparecen de nuevo y me provocan un pequeño espasmo. ¿Sí escuchó? Le pregunto. No dice nada. ¿A usted no le dan miedo los perros? Esos sueñan bravos, ojalá no estén sueltos. El hombre ni me hace caso. Ladridos. El sonido que producen es extraño, no sé cómo explicarlo: cavernoso, con un gran eco, parecido a un trueno. Yo me tapo los oídos y cierro los ojos. Cuando me recupero me siento extraño, algo me falta.

Y usted, ¿cómo llegó acá? Me pregunta el hombre sin siquiera voltear a verme. Ya le dije. Venía a... venía... ¿a qué venía? Me rasco la cabeza. Bueno, iba con ella con... trueno los dedos en busca de responder, con la que va adelante. Apunto a Beatriz, venimos... no logro recordar bien, venimos de allá, digo.

¡Ah!, me responde. La soledad hace palpar el corazón con todas mis fuerzas. Él parece no inmutarse. La calle sigue, no se acaba. Mientras más avanzamos, las casas están peor, todas derruidas, todas polvorientas y a punto de caerse. ¿Trae una moneda?, me pregunta. No traigo, perdón, busco en mis pantalones y saco un billete. ¿Le servirá esto? Le acerco el dinero. ¿No trae moneda? Insiste. No, perdón, repito. Ah, bueno, se encoge de hombros.

Oiga, le llamo la atención y luego señalo a Beatriz, vamos caminando más aprisa porque este lugar es muy peligroso y no quiero que mi amiga ande sola ¡Oye, Beatriz!, le grito, pero no hace caso.

Escucho el sonido de agua, al principio me parecía baja, es una corriente. No sabía que por estos lugares pasara un río. Es abajo, donde por fin se ve el final de la calle o eso creo. Ese espacio me provoca miedo. Luego aparecen otras voces, algunas las entiendo, otras parece que hablaran lenguas distintas. Al final de la calle se reúnen muchas personas. No quiero seguir, pero mis piernas no responden a la orden que da mi cabeza.

Ella viene contigo, ¿verdad? Me pregunta el hombre mientras apunta adelante. Asiento. ¿Ella tampoco trae una moneda? Los ladridos ahora son más fuertes. Mi cabeza da vueltas. Siento como si hubieran chasqueado los dedos y me recordaran todo. La fiesta, el alcohol, la salida, la tienda que buscamos, la calle que cruzamos, los disparos... ¡Beatriz!, le grito. Ella sigue caminando hasta mezclarse con esos entes.

Ustedes no traen moneda, dice el hombre. Entre las voces y los ladridos incómodos, escucho el chapoteo del agua. Después, una figura diminuta comienza a crecer hasta tomar la forma de una barca. El hombre que caminaba a mi lado, ahora avejentado, con barba blanca, cara amarga, ojos que muestran el largo paso del tiempo, grita a las personas de la orilla.

Mi cuerpo tiembla. Siento como si toda mi fuerza me abandonara. Busco a Beatriz, no la encuentro entre el mar de gente. Las piernas flaquean e intento correr hacia la calle empinada. Tres veces quiero subir; las mismas veces fallo. Los ladridos están del otro lado del río, retumban en mis oídos. El barquero está en la orilla y no tengo moneda.